

CHILE MAR Y CUECA¹... ARRÉGLATE JUANA ROSA QUE LLEGA PEDRO LEMEBEL

ÁNGELES MATEO DEL PINO

Hoy día Santiago es una ciudad violenta, desordenada, descontrolada [...] Santiago es una especie de Babel, donde la confusión de los significados es el más inofensivo de los desórdenes. Se trata de una ciudad engullidora, desequilibrada, fuente nutricia del desquiciamiento psíquico. La ciudad como fauce, una enorme mandíbula que devora a los individuos vulnerables.

[MOULIAN, Tomás, «La violencia de la ciudad», en *Chile actual. Anatomía de un mito* (1997)]

Pedro Lemebel, escritor y artista visual, nace a mediados de 1950 en Chile. En 1987, con Francisco Casas, crea el Colectivo de Arte “Yeguas del Apocalipsis”, por medio del cual desarrolla un extenso trabajo plástico en fotografía, video, *performance* e instalación. Su trabajo literario va desde el cuento al manifiesto político, la autobiografía y la crónica. Como cronista ha sido difundido masivamente a través de los medios de comunicación. Sus crónicas se han publicado en revistas y periódicos nacionales y extranjeros. Actualmente realiza el programa de crónicas “Cancionero” en Radio Tierra de Santiago. Ha participado en el Seminario Internacional “Utopías”, presentando al escritor mexicano Carlos Monsiváis, y en el Seminario “El Arte Actual en Chile”, ambos celebrados en Chile,

¹ Pedro Lemebel juega con las palabras *mar y cueca*, términos que, sin lugar a dudas, identifican a Chile: la cueca es el baile nacional. Sin embargo, en Chile también se utiliza el término *maricueca* para referirse al individuo sin fuerza física ni empuje moral. // Individuo al que se le suponen tendencias homosexuales, pero al que no se le conocen ni declaraciones ni acciones concretas en ese sentido. Eufemismo paronímico de maricón al que suaviza su sentido. Vid. Spotorno, Radomiro, *Glosario del amor chileno*, Ediciones Grillo (colección Vox Populi), Francia, 1987, pág. 59. O bien, eufemismo de marica. Fam. Afeminado, en AA.VV., *Diccionario del habla chilena*, Academia Chilena, Instituto de Chile, Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 1978, pág. 142.



1993. Invitado al Festival Stonewall (Nueva York, 1994), y a la Conferencia “Crossing National and Sexual Borders, Latin American Lesbian, Gay, Bisexual and Transgender” (Nueva York, 1996). Ganador de la Beca FON-DART 1994 y FON-DART 1996.

Señala Jean Franco que “es interesante que un género literario que captura el ánimo de los tiempos sin subordinarse a ellos, sea el de la ‘crónica’, que parece capaz de evitar y escapar de la red neoliberal. Carlos Monsiváis, Edgardo Rodríguez Juliá y el chileno Pedro Lemebel están entre sus aficionados más devastadores”².

² Franco, Jean, en *Revista Nacla-Report of the Americas*, USA, septiembre/octubre, 1994.

Así, siguiendo este análisis de la crítica norteamericana antes mencionada, podría decirse que el género de la crónica tiene en Hispanoamérica tres representantes destacados: Monsiváis en México, Rodríguez Juliá en Puerto Rico y Lemebel en Chile. Estos tres escritores, aunque ubicados en contextos espaciales diferentes, tienen en común el hecho de que sus crónicas son el reflejo o la consecuencia del desencanto existencial. Sus textos dibujan el mapa de la realidad latinoamericana, son una cartografía desmitificada de la cotidianidad. Lejos de narrar lo “real maravilloso”, ahora se trata de relatar “lo real inmediato”. Se erige así una escritura que es toma de con(s)cienza, compromiso, memoria, testimonio y documento de las múltiples problemáticas que aquejan a la sociedad y, por consiguiente, al individuo, lo que no es más que una forma sana y lúdica de trazar y revelar un panorama histórico que, a estas alturas de siglo, resulta de lo más convulso. Si bien es cierto que cada país presenta sus propias particularidades, podemos convenir que, de manera general, en lo político y en lo económico, la historia reciente de Hispanoamérica presenta un panorama desconcertante en el que juega un papel primordial la “utopía liberal”, la ideología del

mercado libre que se ofrece como única oportunidad para el gran cambio. Como contrapartida a la realidad "posible" se nos ofrece la crónica, escritura del desencanto, discurso antiutópico que demuestra que lo que pudo haber sido no fue y, además, resultó imposible.

Es, pues, en este contexto histórico-literario en el que se insertan las crónicas del escritor chileno Pedro Lemebel. Hasta el momento, dicho autor ha publicado un libro de cuentos, *Incontables* (1986) y dos volúmenes de crónicas: *La esquina es mi corazón. Crónica urbana* (1995, 2ª ed. 1997) y *Loco afán. Crónicas de sidario* (1996)³. Actualmente trabaja en el libro *De perlas y cicatrices* (crónicas) y en la novela *La loca del Frente*, ambas de próxima publicación.

Las crónicas de Pedro Lemebel comenzaron a aflorar en el panorama literario chileno a partir de la década del noventa gracias a su difusión en los medios de comunicación, tanto en diarios y revistas como en radio. Se produce así una suerte de "panfleteo" en la que los textos se dispersan, transitan de un medio a otro, para luego ser recogidos, juntados, e ingresados "a la academia librera". Todo ello no es más que el fruto de una conciencia escritural cuyo medio y fin es ser testimonio de una sociedad que le presta la voz, para una vez convertida en palabra ser devuelta a quienes les corresponde. Crónicas que son fruto de la vivencia, observación y reflexión de la realidad chilena que se metamorfosea y prolonga en el tiempo para devenir modernidad. Escritura íntima que indaga en la problemática social, rastreando para ello las

huellas de un pasado que es a la vez voz personal y eco de la experiencia colectiva. De esta manera, el discurso de Pedro Lemebel es el registro de un escritor que bebe de las aguas de Mnemósine. Sus textos se convierten así en testimonio, documento y memoria de los desmemoriados, de aquéllos a los que se les negó la posibilidad de pronunciarse, al ser relegados a una oralidad en baja voz por temor a ser escuchados; pero, también de esos otros que perdieron el habla y el derecho a la palabra al optar por el silencio y el olvido.

Al refrescar la memoria histórica de su país, Pedro Lemebel sitúa sus crónicas en el centro de la llaga, pues Chile-herida no ha terminado aún de cicatrizar de sus dolencias recientes. Si olvidar no es fácil, difícil ejercicio es el de recordar, sobre todo cuando lo que se revive pasa por ser una experiencia compartida. Sus escritos, al igual que reavivan el pasado-presente, se hacen también imagen de la atmósfera que recubre la pobreza elocuente y marginal de una gran parte de la sociedad chilena. La entrañable palabra oral, coloquial y humilde, hasta pintoresca de las poblaciones, y aun el mismo silencio misterioso, pero impregnado de ecos que llena el aire de las noches santiaguinas, son quienes ahora reclaman su palabra. Y Pedro narrador atiende súplicas y se erige en portavoz de los desheredados, en mensajero de los caídos. Para ello utilizará todas las armas que le proporciona la escritura, cuya amplia gama lo llevará desde la biografía y el testimonio al "pelambre"⁴ y el chisme.

Lo que en verdad le interesa a nuestro autor es la noticia que, tamizada y filtrada por la voz popular, convertida ahora en una nueva versión, analiza y reflexiona. En este sentido, su literatura, como en un proceso alquímico, funde y recicla el hecho cotidiano. Lo que era *vox populi* y corría de boca en boca queda atrapado en la escritura. Es por ello por lo que al leer los textos de Pedro Lemebel se escuchan siempre voces de muchos otros que juegan entre las líneas y vociferan entre las páginas. Siempre al acecho de una nueva noticia que los transporte a otra crónica, a un nuevo espacio, tal vez otro parque, otra esquina, otra *discoteque...*, los caminos de Santiago son inescrutables y la providencia la marca el cronista.

Por todo ello, enfrentarse a la escritura de Pedro Lemebel es asistir a una especie de catarsis por medio de la cual el narrador libera a los "demonios" que la sociedad civilizada y políticamente correcta ha relegado al ostracismo. Por sus páginas-pasarela desfila una pléyade de antihéroes, personajes malditos que han sido expulsados del paraíso-espacio público, entes desposeídos que habitan en los márgenes, en los bordes, en la periferia. Seres etiquetados como nocivos, dañinos y perjudiciales; son los improductivos, los insociables, los incivilizados, los in-ciudadanos del mundo que, por suerte o por desgracia, tienen que aprender a sobrevivir en una urbe como Santiago o, por el contrario, serán arrastrados por la corriente del río Mapocho: destino y sepultura de tantos otros silenciados.

De este modo, en las crónicas asistimos a una suerte de simbiosis entre el narrador y lo narrado, entre lo que se cuenta y el cómo se cuenta, entre el texto y la realidad. Un proceso de metamorfosis en el cual el registro discursivo se travi-

³ *Incontables*, ed. Ergo Sum, Santiago de Chile, 1986. *La esquina es mi corazón. Crónica urbana*, ed. Cuarto propio, Santiago de Chile, 1995 (2ª ed. 1997). *Loco afán. Crónicas de Sidario*, ed. Lom, Santiago de Chile, 1996.

⁴ *Pelambre*: Familiarmente «murmuración» // Crítica mal intencionada. Vid. AA.VV., *Diccionario del habla chilena*, op. cit., pág. 165.

te e identifica con la voz de la urbe santiaguina. Voz desautorizada que exige una escritura des-autorizada que se mueva libremente al vaivén de la interrogación, la duda, el quizás, a lo mejor, puede ser, tal vez..., evitando en todo momento ser categórica y propiciando siempre el equívoco.

Este deliberado mimetismo es el que lleva a nuestro escritor a retratar la sociedad chilena en el mismo lenguaje en el que ésta habla. Todo ello sin renunciar a su experiencia, a su voz y a su mirada que es, después de todo, el instrumento del que se vale para radiografiar la realidad. Así, Pedro Lemebel cronista-reportero, ojo avizor, pluma en ristre, instala su mirada en la ciudad de Santiago, para desde allí trazar un mapa descarnado de esta urbe vampira que chupa la sangre de sus habitantes, convirtiéndolos a la vez en víctimas y victimarios.

Crónicas que son en verdad un manual de ruta de ciudadanos periféricos. En este sentido, el narrador es tan sólo un guía que nos descubre nuevos parajes, alguien que nos pasea de un extremo a otro de la ciudad, pero también quien nos obliga a visitar lugares en los que las "buenas conciencias" no deben entrar jamás. De esta manera, dejándonos llevar por Santiago, recorreremos los parques, el cinema Nagasaki de la Plaza de Armas, las cárceles masculinas, los Baños Placer, las peluquerías de barrio, los estadios de fútbol, los cuarteles, el circo Timoteo, los mercados persas, las micros, para terminar en la Disco Gloria o la Divine. De igual modo observamos las Fiestas Patrias, el tráfico publicitario, los censos de población, las noches navideñas, las vacaciones de verano, la diosa blanca (cocaína) y la violencia homofóbica.

Esta ruta que nos traza Pedro Lemebel se materializa en la escri-

tura como discurso fragmentario, en tanto que las anécdotas, sucesos o acontecimientos, son fragmentos o escorzos de lo cotidiano que conforman un texto mayor que es la realidad chilena. Tal estrategia discursiva posibilita que se produzca un vínculo más íntimo entre lo narrado y el lector. Al establecerse esta relación se consigue no ya la identificación por parte del que lee, sino, sobre todo, su conmoción. Así, el logro de la crónica es el de constituirse en conciencia crítica de la realidad en que surge y, en este sentido, pretender con-mover y despertar la conciencia social y colectiva. Con todo ello, los escritos de Pedro Lemebel son una macrocrítica social, un puzzle de historias que ofrecen una panorámica del espíritu que planea hoy por la ciudad de Santiago, pero, a su vez, tienen el don de reflejar el ánimo que sobrevuela por todas las grandes urbes. De ahí que uno de los grandes aciertos de estas crónicas sea el hecho de que, instalándose en lo particular-local, construya una visión de lo general-universal.

Ahora bien, la crítica que percibimos en las obras del escritor chileno presenta siempre una gran capacidad de sorpresa, fruto de la prosa vibrante y, sobre todo, del manejo de recursos estilísticos. Escritura incisiva, mordaz y picante que es la mejor manera, o por lo menos la más ingeniosa, de criticar. De esta forma, en Pedro Lemebel se conjugan fantasía y humor. Desde la perspectiva directa que muestra los aspectos más conflictivos de la realidad social, presentando los hechos desnudos, expuestos en toda su crudeza, se construye un discurso de/desde el desacato que atenta contra la "autoridad" y el orden que exigen las "buenas conciencias" y, con ello, la escritura se transforma en navaja. Registro

discursivo que va desde la parodia a la ironía —la metaironía—, desde el sarcasmo a la burla, a veces incluso pareciera rozar lo esperpéntico. Pero en todos los casos, el humor que destilan estas crónicas es siempre ácido y corrosivo, lo que provoca una mueca a medio camino entre lo trágico y lo cómico. Cuanto más dura la realidad, más "negro" el humor:

"La Loba nunca entendió bien lo que era ser portadora, por suerte, si no, el SIDA se la hubiese llevado más rápido, por un tobogán depresivo. La Lobita no tenía cabeza para relacionar el drama de la enfermedad con el positivo del examen. Ella creía que todo estaba bien, no había como convencerla que ese visto bueno era un desahucio. Y aunque giraba y giraba el papel médico entre los dedos, no le entraba en la cabeza ese ejercicio matemático de invertir el más por el menos. Su cabecita de pájara nunca dejó entrar la aritmética, jamás se ordenó en cuadrillos de sumas y restas. Ella siempre fue una loca porra, negada para el estudio y para entender problemas de conjunto en el colegio. Que el más menos da negativo, o el menos más da positivo, a la chucha los números, a la cresta la vida. Y si estoy premiada, este papel no me va a convencer, decía"⁵.

El discurso irónico de Pedro Lemebel se conjugan a su vez con un registro que bien podríamos llamar filmográfico. Cada crónica es como un *sketch* que reproduce una parte de la ciudad santiaguina: barrios periféricos -poblas-, cine, baños, parques, esquinas...

⁵ Lemebel, Pedro, "El último beso de Loba Lamar (crespones de seda en mi despedida...por favor)", en *Loco afán. Crónicas de sidario*, op. cit., pág. 42.

Un cuadro de sus habitantes: la *china* o nana, el político, la prostituta, el travesti, el milico... Todas estas escenas como suma constituyen una película sobre el Santiago actual que ha de incorporarse, necesariamente, a la gran filmografía chilena. En las crónicas, como en todo documental, pasado y presente se juntan y a la vez se explican.

Con todo ello, la prosa de Pedro Lemebel se erige como discurso testimonial que es imagen y proyección de un narrador vinculado a su espacio y a su tiempo y, como tal, no desdeña los registros que le ofrece la llamada cultura popular. De ahí que en las crónicas nos encontremos con una realidad modelada por el cine, la publicidad, la televisión, la radio, las jergas, la música. Es el *argot* de la calle que Pedro Lemebel conoce muy bien, casi podríamos decir que escribe de oído, manejando unos códigos suficientemente sabidos por el lector, con lo cual logra involucrar a éste en la historia y hacerlo partícipe de las penurias y de las alegrías de la ciudad.

“Quizás en los Baños Placer, la estética y el relax son una excusa para desublimar el mercado de los gimnasios que el cuerpo con jacuzzis, aeróbicas y un estado de perfección anatómica que adolece de deseo. Aquí nada importa el ángulo exacto del solarium bronceando la piel con ese color narciso que se mira triunfal en las vitrinas. En los Baños Placer no importan los gramos perdidos en el vapor, porque la loca enorme como cachalote, los multiplica zampándose un hot-dog en el boliche de la esquina. Y así rosadita y satisfecha, se aleja por la calle Placer entre los niños que siguen jugando con el gato. Antes de doblar la esquina se despidе con un gesto de la vieja que

lo vió entrar y desaparece airosa bamboleando su hermosura, ‘por la vereda que se estremece al ritmo de sus caderas’, tragada por el anonimato entre el río de autos que la despeinan ‘del puente a la Alameda’⁶.”

Asistimos, pues, a una desmitificación de Santiago, ya que al socavar la sistematizada y ordenada conciencia colectiva, las identidades impuestas —sean éstas nacionales, culturales o sexuales—, Pedro Lemebel ofrece nuevas lecturas, nuevas visiones que tratan de des-velar, de hacer aparecer, lo que estaba oculto y marginado, pero que pese a todo existía. Quizá en esto estriba el valor de esta escritura, a fin de cuentas la identidad es un proceso y como tal es susceptible de variar y de alterarse.

Pero estas crónicas no tratan sólo de identificar el “margen chileno”, sino más bien de diferenciarlo, no buscan categorizarlo sino propiciar la discusión en torno a él. Es la cara de esa otra realidad chilena que no forma parte de los tópicos, ni de los lugares comunes. Es esa otra faz olvidada y desmaquillada, no sometida a tratamiento estético alguno. Tan sólo una vez al año, esta otra tez que conforma el *soma* Chile se someterá a una limpieza de impurezas superficiales. Así, el rostro chileno, proyectado ahora en las fachadas de las casas, deberá estar acicalado para celebrar, durante el mes de septiembre, las Fiestas Patrias. Con ello Chile reafirma sus señas y exhibe una apariencia que es, parafraseando a Pedro Lemebel, manifestación del deseo colectivo de pertenencia al territorio. Unas marcas obligadas a construirse y re-construirse cada

⁶ Lemebel, Pedro, «Escualos en la bruma», en *La esquina es mi corazón. Crónica urbana*, op. cit., pág. 34.

septiembre: una identidad impuesta, “contagiada por tricomas oficiales. Como si el Estado tratara inútilmente de reflotar en estos carnavales patrios, la voz de una identidad perdida entre las caseteras Aiwa que cantan en la esquina con lirismo rockero, ronquera de arrabal o llanto mexicano. Una supuesta identidad borracha que trata de sujetarse del soporte frágil de los símbolos”⁷.

Nada mejor para diferenciar realidades que contraponerlas. De esta forma Pedro Lemebel no se limita a establecer comparaciones de manera explícita, burda y directa, se trata de algo más sutil que busca el efecto de contraste. Por ello en el entramado social y político que se nos va hilvanando a través de estas crónicas se ofrecen pequeños retazos, “fulgurantes chispazos”, en los que se nos revela esa parcela de la sociedad acomodada y acomodaticia que maneja autos japoneses y veranea en las cabañas aeronáuticas de Cau-Cau. Es esa otra clase que no habita en las periferias, pero que de vez en cuando cruza los márgenes para “apropiarse de una latencia suburbana”. Así, más por descarte que por analogía, somos testigos también de un “puro Chile azulado”, una chilenidad *cocoroca* que es la “copia feliz del Edén”.

De esta forma, junto al mundo periférico —ex-céntrico— de la *pobla*, de barrios y bloques populares, se nos perfila también el orbe céntrico de los sectores acomodados, de las *comunas* adineradas, de la utopía. Son, al decir de la canción popularizada por Víctor Jara, “las casitas del barrio alto con rejas y antejardín”. Frente a la realidad social de los marginados, de los pobres, de la “loca”, el travesti, la

⁷ Lemebel, Pedro, «Chile mar y cueca (o «Arréglate Juana Rosa»», en *La esquina es mi corazón. Crónica urbana*, op. cit. págs. 51-52.

prostituta...se nos dibuja la clase privilegiada de la familia política, de la alta burguesía, de los militares y los nuevos ricos: los índices de carencia contra el desarrollo económico, el negativo presupuesto familiar de espalda al neoliberalismo. En medio de todo ello, los márgenes que se rebasan, la periferia que emigra al centro, el centro que se traslada a la periferia, la alta burguesía venida a menos, los nuevos ricos venidos a más, y un pasado aristocrático que se compra y se vende en los mercados persas: "son la fiesta del comercio".

"La familia política que comenta los últimos virajes de las presidenciales, mientras acarrear sacos de machas y limones a los autos japoneses. Las señoras políticas que hacen sonar sus pulseras de plata, mientras urguetean los

⁸ LEMEBEL, Pedro, «La Babilonia de Horcón», en *La esquina es mi corazón. Crónica urbana*, op. cit., pág. 19.

cachivaches artesanales que se amohosan al vaho salobre de la caleta. Los caballeros políticos en guayabera y short, comprando el whisky para tomárselo en Cachagua o en las cabañas aeronáuticas de Cau-Cau. Una playa semi privada donde el perraje se descuelga por andamios y peñascos, y el jet renovado arrastra los pareos franceses por escalinatas de piedra al ritmo de la celulitis"⁸.

Todo esto configura una selva urbana obligada constantemente a traficar con sueños o con realidades, ya sea publicidad o porno legal; grandes políticas o miserables existencias; educación o neoprén; modernidad o alcohol; sexo o cocaína...Es la ley de la calle: sobrevivir o morir, el fin justifica todos los medios, y la hipocresía social, juez y parte, será quien condene o salve.

En definitiva, podemos afirmar que la crónica de Pedro Lemebel es impúdica, obscena, voyeurista y fetichista, que se com-

place en instaurar la mirada —el tercer ojo— como objeto de deseo. Un ojo deseante y deseado que recorre con lascivia la ciudad de Santiago. Urbe que en la pupila del narrador-testigo-cronista se convierte en un gran soma que se desnuda, se disfraza, se colorea y se traviste a su ant-ojo. Cuerpo-ciudad que en manos de Pedro Lemebel se transforma en cuerpo-textual, cartografía de las fantasías sexuales y las apetencias eróticas de los ciudadanos. Discurso que apuesta por el poder subversivo del deseo y la función revolucionaria del erotismo: el placer no sólo como explosión corporal sino como crítica moral y política de la sociedad. Escritura que responde al tráfico constante de cuerpo-ciudad-texto, cuyo fin es siempre revelar el "otro lado" —el oscuro, el silenciado—. Crónicas, en fin, testimonio de la realidad y el deseo, territorio de y para la memoria, escritura donde no quiere ni puede habitar el olvido.

Espejo de Paciencia (Nº 3, pp 106)

Revista de literatura y arte de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Una presentación muy cuidadosa y un trabajo tipográfico esmerado hacen de esta publicación un objeto agradable a primera vista. Después, al adentrarse el lector en sus páginas, se encuentra con textos que terminan de hacer de *Espejo de Paciencia* una revista de primera línea. Este número incluye trabajos de varios escritores cubanos, entre los que figuran César López, Raúl Rivero y Manuel Díaz Martínez. Director: Osvaldo Rodríguez.

Revista *Encuentro de la Cultura Cubana*, Nº 10, Madrid, otoño de 1998.